



LEILA GUERRIERO

Olfatear la pieza

Maestra del periodismo narrativo, la autora argentina se sienta a las teclas con un célebre pianista, consciente de que el secreto del cazador es conocer bien a su presa.

Por Andrés Rubín de Celis

A LO LARGO DE LA EVOLUCIÓN el olfato humano ha quedado relegado por la vista y el oído. Diderot lo juzgó el más voluble de nuestros sentidos; y mientras todos hemos aprendido a emitir e interpretar complejas señales visuales —cientos de gestos y expresiones con el rostro— y auditivas —palabras evidentemente, más diversos tipos de sonidos—, comunicar a través de olores entra en el terreno de una poética galante solo al alcance de una *happy few* canónica. “Uno no puede vivir en estado de epifanía permanente. No puedes vivir fascinándote por cada cosa o persona que conocés. Pero si uno es periodista, tiene un músculo de cierta curiosidad, digamos, natural. Esa curiosidad, el estar siempre mirando, el meter las narices donde no te mandan, el buscar fuentes... le pone a uno en marcha”. Habla sin nombrarlo del olfato, indudablemente

el instinto más desarrollado de la periodista argentina. En *Opus Gelber* (Anagrama) vuelve a demostrarlo. Ella misma cuenta cómo se topó con el virtuoso pianista Bruno Gelber, pero no que “tras una primera entrevista de casi tres horas, que fui a hacer como siempre, sin expectativas ni prejuicios, una conversación en la que no había manera de ir más allá de lo que ya había contado, al despedirme siento que me voy sin mucho. Bruno me dice: ‘Creo que tenés bastante, ¿no?’. Y yo le respondo: ‘Bueno, yo creo que recién empiezo...’. Ahí ya veía una historia”. Para contarla, lo primero, medir alcance y distancia, entre la sabiduría pugilística y aquel juicio de Piglia: “El estilo literario puede definirse por la distancia que toma con aquello que se narra”. Distancia, que no lejanía ni insensibilidad. Gelber, tan magnético como manipulador, es un triunfo de la voluntad, y eso es, ante todo, lo que había que contar. Las reticencias del padre violinista, la poliomielitis, sus propias manos, rechonchas, un accidente de tráfico... Guerriero vuelve al género que la hizo grande —y que nunca ha abandonado, a decir verdad— incorporando herramientas del relato de ficción pero ateniéndose a las reglas de la investigación periodística. “Debe quedar claro el pacto que se hace con el lector, y cuando uno es periodista tiene que apegarse mucho a los hechos”. Olfato y distancia.